

LA INFLUENCIA DEL PENSAMIENTO ORIENTAL EN THOREAU

DIEGO CLARES COSTA

INTRODUCCIÓN

Valorar toda la influencia e importancia del pensamiento oriental en Thoreau, si se hiciera completamente, conllevaría un trabajo de inmensa envergadura, consistente en una exposición detallada de las corrientes y teorías orientales, la información que se tenía de ellas, y cómo se difundieron antes y durante el siglo XIX, y comparar todo ello con la obra de Thoreau para encontrar todas las relaciones posibles. Merecería un trabajo de investigación muy amplio, y una publicación mucho más extensa, ocupar todo el ámbito a que alude el título. Este trabajo no puede abarcar esa totalidad, y no pretendo con él cerrar todos los ámbitos de influencia posibles; me he limitado a tres, presentes en tres publicaciones de Thoreau en el *Dial* de Emerson: “Dichos de Confucio”, “Cuatro libros chinos”, y “La predicación de Buda”, en los años 1843 y 1844. También he revisado referencias y comentarios que aclaren el peso de esta influencia en su diario y algunas otras obras.

He ido, por tanto, por el camino contrario, buscando primero las referencias en Thoreau que evidencien esta influencia, y explicando su origen. De este modo, los pensadores tratados (Confucio, Mencio y Buda) no están explicados en detalle tal cual es su doctrina, sino tal como los expone Thoreau, con alguna ampliación aclaratoria. Para ello he consultado algunas obras de referencia, que también recomiendo para quien quiera informarse mejor sobre cualquiera de los autores tratados.

Sobre Confucio y Mencio, hay varios manuales interesantes, pero considero que éstos son los más útiles que he encontrado.

- WILHELM, R.: *Confucio*, Alianza, Madrid, 1980
- CREEL, H.G.: *El pensamiento chino desde Confucio hasta Mao*, Alianza, Madrid, 1976

Richard Wilhelm (1873-1930), tradujo y comentó en alemán muchas obras de filosofía china, y se le considera uno de los mayores expertos en Confucio. Herrlee Glessner Creel (1905-1994), especialista norteamericano en filosofía e historia china, tiene también este libro magnífico, que se puede encontrar digitalizado, sencillo y conciso, de fácil lectura.

Sobre Buda y el budismo, recomiendo un libro de Eugene Burnouf que cita el propio Thoreau:

- BURNOUF, E.: *Introduction to the History of Indian Buddhism*, University of Chicago Press, Chicago, 2010

Estas son las abreviaciones de las fuentes principales, donde he consultado las obras de Thoreau.

DME EMERSON, R.W., FULLER, M. y RIPLEY, G. (Eds.): *The Dial: A Magazine for Literature, Philosophy and Religion*, Boston, 1841-1844, 4 vol.

WHT THOREAU, H.D.: *The Writings of Henry David Thoreau*, Houghton Mifflin & Co., Boston, 1906, 6 vol.

JHT THOREAU, H.D.: *The Writings of Henry David Thoreau. Journal*, Houghton Mifflin & Co., Boston, 1906, 14 vol.

1. ACERCAMIENTO HISTÓRICO-BIBLIOGRÁFICO

Desde el siglo XVIII, especialmente, en occidente se vivió una época de descubrimiento sin igual de lo que se ha llamado la “sabiduría oriental”. Se trata de múltiples obras clásicas que se tradujeron y empezaron a comentar, teniendo gran influencia en muchos naturalistas y literatos, pero en especial en los lingüistas.

No hay material específico sobre el origen del interés de Thoreau hacia la cultura oriental, y, aunque podemos encontrar en su diario algunas referencias puntuales a distintos elementos, especialmente estéticos, no nos dan muchas pistas. Entre sus lecturas habituales debió encontrar comentarios o traducciones al respecto, así como imágenes, suficientes para que conociera aspectos de la naturaleza y el arte chinos; el primer indicio que encontramos de ello es una referencia del 15 de diciembre de 1837, en su diario, donde relaciona un paisaje tórrido, de palmeras y banianos, con las «imágenes del paisaje oriental».¹ No es extraño pensar que encontrara, en algún libro sobre historia de arte, los paisajes chinos, ya que China es uno de los lugares más importantes donde se origina este género artístico; sin embargo, la escena cálida que describe Thoreau parece señalar más a las pinturas hindúes de la época colonial. De hecho, las referencias a la cultura hindú son más abundantes en las siguientes entradas de su diario que las chinas, que resultan muy escasas y aparecen en contadas ocasiones, pese a que Thoreau leyó durante la década de 1840 algunas obras clásicas chinas, especialmente las de Confucio y Mencio, agrupadas en *Chinese Classical Books*, obra recopilatoria conocida como *Los Cuatro Libros*.

No hay apenas muestras de que Thoreau conozca a los pensadores orientales hasta febrero de 1843, cuando elabora una selección de “Dichos de Confucio”, que se publicarían en abril del mismo año en el *Dial* de Emerson, bajo el título de “Escritos Étnicos”, junto a otros ensayos y traducciones que redactó especialmente para la revista. Parece ser que extrajo estos “Dichos” de la misma obra que el propio Emerson había consultado un año antes de que Thoreau terminara sus estudios

¹ JHT; I, 17

universitarios, la traducción de Joshua Marshman titulada *The Works of Confucius*, del que había un ejemplar en el Ateneo de Boston.²

Poco después de que la publicación del *Dial*, el 6 de mayo, Thoreau se trasladó «a vivir a Staten Island para ejercer de tutor del hijo mayor del juez William Emerson»³, hermano del escritor. Allí siguió escribiendo para el *Dial*, y terminó “Un Paseo Invernal”, por el que tuvo un enfrentamiento con Emerson a consecuencia de las modificaciones realizadas por este último sin su consentimiento. En el mismo número, publicado en octubre del mismo año, había un texto titulado “Cuatro Libros Chinos”, una segunda entrega de los “Escritos Étnicos” de Thoreau. Volvió a Concord, a petición de Emerson, en diciembre; en el siguiente número del *Dial*, en enero de 1844, aparece la tercera y última entrega de “Escrituras Étnicas”, en esta ocasión sobre Hermes Trimegisto, y una selección de fragmentos sobre las enseñanzas de Buda. Ante éste último muestra un gran interés, quizá debido a su pasión por el sánscrito y la cultura hindú; desde varios años anteriores a la publicación de “La predicación de Buda”, Thoreau había leído apasionadamente textos de origen indio. En agosto de 1841, escribe:

No puedo leer una frase en un libro hindú sin elevarme sobre el altiplano de los Ghats. Hay un ritmo similar a los vientos del desierto, una corriente similar al Ganges, y se muestra tan superior a la crítica como el Monte Himalaya.⁴

El diario de Thoreau entre 1843 y 1844 se ha perdido en gran parte, y los fragmentos que quedan son difíciles de fechar, por lo que es difícil medir la importancia que estos trabajos tuvieron en sus escritos diarios. Al menos, podemos imaginar que no fueron fruto de un interés aislado, puesto que a lo largo de su diario hay referencias que, aunque puntuales, revelan una continuidad en su interés por la cultura oriental. En marzo de 1842, escribe:

Cuando vuelvo la mirada hacia el este al otro lado del mundo, todo parece estar en reposo. Arabia, Persia y la India, son la tierra de la contemplación. Esas naciones del este han perfeccionado la lujuria de la ociosidad.⁵

Esta es una de las referencias a oriente que también aparecen en su primer libro, *Una Semana por los Ríos Concord y Merrimack* (1849). Posteriormente, aunque las referencias son menores, siguen apareciendo en su diario y ensayos, mezclándose con alusiones a los pueblos del norte de África y del Mediterráneo. Sin duda, una de las estrategias recurrentes de Thoreau es la mención de múltiples culturas, lejanas y antiguas a partes iguales, que enriquecen su discurso con metáforas y referencias visuales; pero no se trata solo de imágenes, sino que penetran en el contenido mismo de sus escritos.

2 TAKANASHI, Y.: *Emerson and Neo-Confucianism: Crossing Paths Over the Pacific*, Palgrave Macmillan, New York, 2014, p. 1

3 BAKER, C.: *Emerson entre los excéntricos*, Ariel, Barcelona, 2008, p. 287

4 JHT; I, 266

5 JHT; I, 343

2. ESCRITOS ORIENTALES

Voy a centrar la atención en tres textos: “Dichos de Confucio”, “Cuatro libros chinos”, y “La predicación de Buda”. Ninguno de los tres se encuentra firmado, debido a que se trata de selecciones de textos y no de ensayos propios; sin embargo, dicen mucho de quien los recopila.

CONFUCIO (522-479 A.C.)

Los “Dichos de Confucio”, que Thoreau recopila, son anécdotas y afirmaciones de Confucio y sus discípulos, recogidas y conservadas durante siglos, y de difícil referencia; como es habitual entre los intelectuales orientales, las enseñanzas más importantes son las que se hacen en privado, en conversaciones personales, y no ante un gran público. La recopilación que hace Thoreau se centra especialmente en la sabiduría, la virtud y la elocuencia. En el pensamiento de Confucio es muy importante la política y la organización social, pero Thoreau se interesa aquí más por los aspectos éticos que conforman su concepción de la naturaleza humana. El fragmento que cierra la recopilación es bastante significativo:

El hombre sabio nunca se apresura, ni en sus estudios ni sus palabras; es muchas veces, por decirlo así, mudo; pero cuando le preocupa actuar y practicar la virtud, él, como digo, lo precipita todo.

El verdadero hombre sabio habla poco; es poco elocuente. No veo que la elocuencia pueda ser de gran uso para él.

El silencio es absolutamente necesario para el hombre sabio. Grandes palabras, discursos elaborados, trozos de elocuencia, deben ser un lenguaje desconocido para él; sus acciones deben ser su lenguaje. En cuanto a mí, nunca hablaría más. El cielo habla, pero qué lenguaje usa para predicar a los hombres, que hay un principio soberano del que dependen todas las cosas; un principio soberano que las hace actuar y moverse. Su movimiento es su lenguaje; reduce las estaciones a su tiempo; agita la naturaleza; hace, produce. Este silencio es elocuente.⁶

Hay en Confucio una fuerte convicción de que la virtud, el actuar correctamente, no es solamente una opción, o una convención (pese a que le da mucha importancia en política a las convicciones), sino la forma natural de vivir, que nos une al mundo, que se haya en la naturaleza humana: «La vida de un hombre está debidamente conectada con la virtud. La vida del hombre malvado se conserva por mera buena suerte.»⁷

En “Cuatro libros chinos”, Thoreau vuelve a citar algunas frases de Confucio sobre la virtud, que resultan más específicas que la anterior. De hecho, en este texto se especifican diversos temas o cuestiones sobre los que tratan los fragmentos (algo que en los “Dichos de Confucio” no ocurre). Al

6 DME; III, 494

7 DME; III, 493

comienzo del apartado sobre la virtud, encontramos esta máxima: «Chung Kung preguntó, “¿Qué es la virtud perfecta?” Confucio dijo, “Lo que no deseas que otros te hagan a ti, no lo hagas a ellos”.»⁸ Es el contrapunto del imperativo categórico kantiano (obrar de tal forma que tus actos se puedan convertir en ley universal), crítico, justamente por su negatividad; no se trata de hacer lo que te gustaría que todos hicieran, sino de no hacer, de evitar. Esto es muy característico de la ética de Confucio, y de gran parte de la moralidad oriental: evitar hacer lo innecesario y lo injusto. No significa que se le reste importancia a lo que se hace, sino todo lo contrario: debido a la importancia que tienen los actos personales, lo primero que hay que tener claro es qué no hacer. La paciencia, la meditación y el silencio son enseñanzas muy difundidas en oriente, justo por este motivo, porque son propias de la virtud. El hombre sabio, el hombre superior, virtuoso, es «el que primero practica sus palabras, y después habla.»⁹ Volviendo al primer fragmento, la imagen del sabio oriental es el que habla justo lo necesario, que guarda silencio cuando no tiene nada importante que decir, e incluso que guarda silencio porque prefiere enseñar con sus actos; detesta los discursos elocuentes, que pretenden exponer un punto de vista coherente, porque considera que es más virtuoso mostrarlo con actos que con palabras y discursos sofísticos. Es, en definitiva, un trabajo de sinceridad absoluta, y no hay mejor sinceridad que la de los actos. Esta labor de sinceridad es también de humildad; así, dice Confucio: «Teniendo conocimiento, aplicarlo; sin tener conocimiento, confesar tu ignorancia; este es el verdadero conocimiento.»¹⁰

En “Cuatro libros chinos” también hace referencia al aspecto político de la obra de Confucio. Aquí se refleja la importancia de la convención para el autor chino, que no parece tan importante cuando se trata de la moral individual, más cercana siempre a la naturaleza humana que a las convenciones sociales. «Ji Kang¹¹ preguntó a Confucio respecto al gobierno. Confucio respondió, “El gobierno es rectitud”.»¹² Esta rectitud es disciplina, una disciplina necesaria para unos gobernantes que, desde el punto de vista de Confucio, que había sido siempre pobre, eran avariciosos y desproporcionados con el pueblo. Thoreau recoge este consejo que le da a Ji Kang: «Si usted, señor, no fuera codicioso, la gente no le robaría, incluso aunque les contratara para ello.»¹³ Esta generosidad es, para Confucio, lo que une a la gente en un país, que debía incluir a toda la humanidad (pues está regida por la misma naturaleza, y no hay motivo, por tanto, para separarla en naciones). En este sentido también, quiero terminar destacando esta cita: «El gobernador de Yih preguntó respecto al gobierno. Confucio respondió, “Haz felices a los que están cerca, y aquellos que están lejos vendrán.»¹⁴

8 DME; IV, 209

9 DME; IV, 209

10 DME; III, 494

11 Fue jefe del clan Ji. Thoreau lo escribe como “Ke Kang”, pero en otras traducciones aparece como “Ji Kang”.

12 DME; IV, 208

13 DME; IV, 208

14 DME; IV, 207

MENCIO (370-289 A.C.)

A quien más espacio dedica Thoreau en “Cuatro libros chinos” es, sin duda, a Mencio. Seguramente *Los Cuatro Libros* fueran el primer contacto directo que tenía con las obras del discípulo de Confucio. Sería un error unir a ambos autores bajo la etiqueta del confucianismo; es cierto que Mencio siguió y difundió las enseñanzas de Confucio, pero su pensamiento dista mucho, especialmente en política. Mientras que Confucio acerca a los gobernantes al pueblo, y les exige complicidad además de rectitud, Mencio se preocupa más por complacer a las familias poderosas que criticar sus actos. En cuanto a la organización del gobierno, ambos coinciden en que deben encargarse de gobernar los sabios y virtuosos, pero Mencio es más extremo en la separación entre los gobernantes y el pueblo, llegando a ser defensor del sistema feudal.

Thoreau no recoge fragmentos significativos sobre esta diferencia en el pensamiento político de los dos autores, aunque llaman la atención a este respecto algunas afirmaciones de Mencio:

No hay nada sino lo designado; acordar y mantener lo que es correcto. Así que él, que entiende el designio, no estará bajo un muro caído. Él, que muere desempeñando su deber al máximo de sus fuerzas, de acuerdo con el designio del cielo.¹⁵

Aquí se refleja una diferencia más: Mencio habla de un deber y de un designio divinos, mientras que Confucio se centra habitualmente en los actos comunes, mundanos, y en definir la virtud y el deber a partir de ellos. Mencio, por esto mismo, resulta mucho más impositivo; cree que el camino correcto y virtuoso se dicta desde el cielo a los hombres, algo que se refleja en los fragmentos que selecciona Thoreau sobre el Tao.

La sinceridad es el Tao o camino del cielo. Aspirar a él es el camino del hombre.

[...]

La perfección (sinceridad) es el camino del cielo, y desear la perfección es el deber de un hombre. Nunca se ha dado el caso de que quien posea la virtud genuina en mayor grado, no pudiera influenciar a otros, ni se ha dado el caso en que quien no es sincero en mayor grado pueda influenciar a otros.¹⁶

Confucio nunca hablaría así del Tao, por dos motivos: primero, porque no tiene la confianza de Mencio en la natural bondad humana, que sigue siempre lo mejor; y segundo, porque consideraba que el Tao existía internamente en nuestra vida, y no que fuera un camino externo a la naturaleza humana, como lo describe Mencio, para quien hay una predisposición humana a un camino superior. En los fragmentos de Mencio hay una recurrencia continua al decreto, que quizá Thoreau se molestó en resaltar, y que no aparece en Confucio, que señala la importancia de los actos

15 DME; IV, 205

16 DME; IV, 206-207

personales para llegar a la virtud (yendo, por decirlo así, de abajo a arriba), mientras que Mencio recalca la necesidad de cumplir un decreto superior (yendo de arriba a abajo).

BUDA (SIGLO VI-V A.C.)

Thoreau extrae los fragmentos de “La predicación de Buda” del Sutra de la Flor de Loto; al principio, da algunas explicaciones sobre el mismo.

La obra original, que está escrita en sánscrito, forma parte de la numerosa colección de libros budistas, descubiertos por Mr. Hodgson, el residente inglés en la Corte de Katmandou, y enviada por él a la Sociedad Asiática de París. Mr. Burnouf ha examinado, durante algunos años, esta colección, que incluye una gran parte de los libros canónicos de los budistas, y de los que se encuentran traducciones en todas las naciones que son budistas (la gente de Tibet, China y Mongolia). El libro del que están tomados los siguientes extractos, es uno de los más venerados por todas las naciones que adoran a Buda, y muestra muy claramente el método seguido por el Sabio que asume su nombre. La obra está en prosa y en verso. La parte en verso es solo la reproducción en una forma métrica más que poética de la parte escrita en prosa.¹⁷

Después nos ofrece un fragmento de Eugene Burnouf (1801-1852), filólogo francés conocido por sus estudios sobre la cultura india:

Su doctrina, que era más moral que metafísica, al menos en principio, descansaba sobre una opinión admitida como un hecho, y bajo una esperanza presentada como una certeza. Esta opinión es, que el mundo visible está en un cambio perpetuo; que la muerte sigue a la vida, y la vida a la muerte; que el hombre, como todos los seres vivientes que lo rodean, gira en el círculo en eterno movimiento de la transmigración; que pasa sucesivamente a través de todas las formas de vida, desde la más elemental subiendo a la más perfecta; que el lugar que ocupa en la vasta escala de los seres vivientes, depende del mérito de las acciones que realice en este mundo, y que así el hombre virtuoso debería, tras esta vida, nacer de nuevo con un cuerpo divino, y el culpable con un cuerpo maldito; que las recompensas del cielo y los castigos del infierno, como todo lo que contiene este mundo, tienen solo una duración limitada; que el tiempo agota el mérito de las acciones virtuosas, y elimina lo malvado de las malas; y que la ley mortal del cambio trae de vuelta a la tierra al dios y al diablo, para poner a ambos de nuevo a prueba, y a causa de ello recorren un nuevo camino de transmigración. La

17 DME; IV, 391

esperanza, que el Buda vino a traer a los hombres, fue la posibilidad de escapar desde la ley de transmigración por introducirse en lo que él llama liberación¹⁸; es decir, de acuerdo con una de las escuelas antiguas, la aniquilación del principio pensante así como del principio material. Esta aniquilación no sería total hasta la muerte; pero él que estuvo destinado a lograrlo, poseyó durante su vida una ciencia ilimitada, que le dio la visión pura del mundo tal cual es, esto es, el conocimiento de las leyes físicas e intelectuales, y la práctica de las seis perfecciones trascendentales, de alma, de moralidad, de ciencia, de energía, de paciencia y de caridad. [...]

La opinión filosófica, por la que justificó su misión, fue compartida por todas las clases, brahmanes, soldados, granjeros, comerciantes, todos creyeron igual en la fatalidad de la transmigración, en la retribución de recompensas y castigos, en la necesidad de escapar de manera decisiva de la perpetua condición de cambio de una existencia meramente relativa.¹⁹

Es destacable, no solo que en este texto haya una introducción al pensamiento budista, cosa que no encontramos con Confucio ni Mencio, sino que además hay anotaciones. No es muy usual que las publicaciones de Thoreau en el *Dial* contengan tantos detalles, lo que se puede atribuir a su especial interés por la cultura hindú. Además de sus múltiples referencias al sánscrito, idioma que veneraba (aunque nunca lo aprendió), sentía gran respeto y admiración por la religión hinduista.

Los fragmentos seleccionados por Thoreau detallan algunos aspectos de los introducidos por Burnouf, por lo que no considero necesario volver a explicarlos; son detalles más técnicos de las creencias budistas, y no aportan mucho al objetivo de este ensayo. Sin embargo, me gustaría destacar el tono y la naturaleza de las enseñanzas budistas, como las refleja Thoreau; no se trata, como en Confucio y Mencio, de una teoría sobre el hombre y las virtudes, sino de una fe mucho más profunda en una verdad muy concreta sobre el mundo en su totalidad; es una elevación de las capacidades ser humano a lo más alto y puro entre todo lo existente. Thoreau nunca tomaría por propia esta doctrina, aunque es comprensible su atracción hacia tal espiritualidad, que a cualquier persona mínimamente religiosa podría fascinar.

La imposición doctrinal es absoluta y cruda; conforme leemos el texto nos percatamos de que se trata de creer o no creer, y no cabe, como en Confucio y Mencio, discutir si un aspecto es más o menos acertado, o si podría reflexionarse sobre él; el budismo no deja lugar a reflexión, y se presenta como una verdad revelada: «Yo que soy el rey de la ley, yo que he nacido en el mundo, y

18 En una edición posterior, se traduce por “nirvana”.

19 DME; IV, 391-392. Este fragmento forma parte de la *Introducción a la historia del budismo indio* de Eugene Burnouf. El libro se publicó por primera vez en 1844, en francés. La traducción al inglés que se publicó en el *Dial*, aunque se suele atribuir a Thoreau, la hizo Elizabeth Peabody.

que gobierno la existencia, yo explico la ley a las criaturas, después de haber reconocido su disposición.»²⁰ Todo lo que predica es una realidad que los demás no son capaces de apreciar por sí mismos, una guía espiritual suficiente, basada en la autoridad del Buda.

Lo que he dicho es la suprema verdad; mi oyente puede llegar a la completa aniquilación; pueden seguir el excelente camino que conduce al estado de Buda; todos los oyentes, que me escuchen, pueden convertirse en Budas.²¹

3. LO QUE HAY DE ORIENTAL EN EL PENSAMIENTO DE THOREAU

Suelo pensar que Thoreau podría haberse empapado mucho más con la cultura oriental de lo que lo hizo; hay, realmente, muchas similitudes entre su pensamiento y el de Confucio, el del taoísmo de Lao Zi, e incluso de algunas corrientes budistas como la zen. Sin embargo, las limitaciones de la época son palpables: Thoreau vive uno de los primeros contactos, en occidente, con el pensamiento oriental, y con el sánscrito, idioma que llevó a los lingüistas a cambiar todas sus teorías, a una obsesión, a veces insana, por las etimologías, que encontramos incluso en nuestro autor, y a la veneración de una cierta sabiduría oriental que, si bien puede ser cuestionada, todavía se abre paso en nuestros días como la alternativa *saludable* y *natural* a todos los problemas del estrés occidental. La influencia de la cultura oriental es innegable para casi cualquier intelectual de la época que hubiera tenido algún contacto con ella.

El rasgo más claro de su cercanía con la filosofía oriental se encuentra en su concepción de la Naturaleza; Thoreau pensaba en la Naturaleza como un todo, que engloba al mundo y supera al hombre. En este sentido podemos acercarlo al pensamiento de Confucio: el hombre participa de la Naturaleza, tiene la suya propia, que llama “virtud”, y seguirla es acercarse a la totalidad del Mundo (algo que también está presente en Emerson, con más fuerza, cuando habla del poder), lo que en Thoreau se traduce por la contemplación y la convivencia para con la naturaleza, lo que nos rodea.

Otro punto de concordancia con Confucio es la simplicidad de los actos. Aunque hay una oposición (que quizás se dé por la inclinación sarcástica de Thoreau) entre la simplicidad habitual, de mínimos (es decir, hacer lo justo y necesario), y la simplicidad de Thoreau. Para él, lo más simple es lo más claro, de lo que no puede caber duda, aunque resulte para algunos una contrariedad. Pongo de ejemplo una afirmación que escribe en su diario el 23 de marzo de 1842: «No puedes llenar una copa de vino hasta el borde sin derramarlo. La simplicidad es exuberante.»²² Es decir, no podemos saber que algo ha llegado a su máxima capacidad hasta que desborde, hasta que no lo soporte más; no conocemos los límites hasta que los rebasamos. Parece algo totalmente opuesto a la doctrina presentada por Confucio, consistente en evitar actos innecesarios y ceñirse a lo simple y

20 DME; IV, 398

21 DME; IV, 401

22 JHT; I, 343

estrictamente necesario, pero nos sirve como punto de reflexión para entender cómo la simplicidad tiene dos caras, y adoptar una u otra depende del objetivo que se quiera alcanzar. Si no nos precipitamos, como pide Confucio, y somos siempre prudentes, no conoceremos lo que nos limita, no conoceremos las barreras, ni las consecuencias de sobrepasarlas, ni mucho menos lo que hay al otro lado. Thoreau fue, sin duda, un experto en cruzar alambradas.

Hay otras características del pensamiento y los hábitos de Thoreau que podrían encontrarse en Confucio, como la perfección continua de sus discursos, la obligación personal por revisar sus palabras y hacerlas adecuadas al público, las charlas con sus amigos. Cuando comenzó a pasear con Emerson, a charlar, y le recomendó que mantuviera un diario, éste ya había leído algunas obras de Confucio, había apuntado sus máximas en su propio diario, y sin duda valoraba esa continua perfección del propio discurso, como lo hizo Thoreau toda su vida. Y en cuanto a Mencio, llama la atención la poca relación que tiene con las ideas de Thoreau; en los fragmentos citados, se refleja la contundencia política y moral del autor, quizá en lo único que se asemeja al de Concord, que en repetidas ocasiones llega a defender los principios morales, como la ley más importante a seguir, con la misma contundencia con que Mencio se refiere al designio divino, pero no se puede decir que este aspecto sea una influencia, sino una semejanza entre ambos. De los dos, es Confucio el que con mayor fuerza impresionó e influyó a Thoreau.

Finalmente, quiero valorar la importancia del budismo, quizá la más difícil de considerar, por el siguiente motivo: aunque en “La predicación de Buda” ofrece una gran selección de textos budistas, y era un gran aficionado al hinduismo, no creo correcto afirmar que influyera en su pensamiento más que estéticamente. No fue, por ejemplo, como su interés por los nativos americanos, cuyas costumbres y religión conoció mucho más a fondo, y hasta se dice que llegó a aprender algunas de sus prácticas, especialmente de autocontrol (y que por esto fue capaz de soportar el dolor de su enfermedad). No hay testimonio de que tuviera tal conocimiento y cercanía con la cultura hindú, sino más bien que le evocaba una sensación agradable, derivada del mero placer por conocer culturas lejanas y exóticas, que ayudan a contrastar la propia. Seguramente pudo disfrutar de estos textos religiosos porque no fue tan puritano como la mayoría de sus contemporáneos, pero no significa que los adoptara.

Más que del budismo, podemos encontrar una influencia general de las creencias orientales, que pueden ser atribuidas a una influencia indirecta, difuminada entre las obras de lingüistas, naturalistas y literatos que accedieron a las obras orientales desde el siglo XVIII. Muchas ideas, como la continuidad de la vida, están presentes en prácticamente todas las corrientes orientales, unas influenciadas por otras. En el texto de Burnouf leímos que, para los budistas, la vida conduce a la muerte y la muerte a la vida; esto es así para casi todas las religiones orientales, que consideran la existencia como un continuo. Thoreau, en *Colores otoñales*, explica que:

es placentero caminar sobre el lecho de esas frescas, crujientes y restallantes hojas. ¡Con qué belleza van a su tumba! ¡Con qué gentileza se tumban y vuelven al moho! [...] ¡Cuántos aleteos antes de que descansen tranquilamente en sus tumbas! Ellas que planeaban tan altivas, ¡con qué satisfacción vuelven al polvo de nuevo, y se extienden abajo, resignadas a yacer y descomponerse al pie del árbol, y ofrecen alimento a las nuevas generaciones de su especie, además de ondear en lo alto! Nos enseñan cómo morir.²³

Estas hojas caídas, estancadas, que se posan unas sobre otras bajo los caducos, son muestra *desbordante* de la vida y la muerte como un todo, del ciclo de la Naturaleza, concebida amoralmente, sin bien ni mal preestablecido: es un flujo continuo en el que no intercede el juicio humano. Este pensamiento está tan presente en Confucio como en el budismo zen, y es una reflexión muy significativa de lo que supuso para occidente la llegada, a través de lingüistas y naturalistas, de la sabiduría oriental. Este tipo de planteamientos había sido censurado fuertemente por la religión cristiana, que expone un punto de vista sobre la vida y la muerte que no deja lugar a una reflexión que unifique ambos polos en una misma función terrena, un planteamiento que deje de lado la finalidad de la vida en el más allá. Esta apertura religiosa es la consecuencia más clara de la difusión del pensamiento oriental, y, por lo que hemos visto en sus textos, se puede decir que Thoreau representa en gran medida ese multiculturalismo.

23 WHT; V, 270